

# Testimonio

**Luis Medina Peña\***

\* Doctor en Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México. Profesor-Investigador de la División de Historia, CIDE.

**Luis Medina Peña.-** Muchas gracias. Igual que Javier quiero agradecer, me siento muy honrado de que se me haya convocado a este acto, para mí es muy significativo por lo que voy a decir aquí enseguida. Marcela, Rodrigo, Carlos, demás familiares, muy buenas tardes. Debo decirles que había pensado improvisar, pero decidí no hacerlo, no hacerlo porque siempre quedo insatisfecho de mis improvisaciones y éste para mí es un acto muy importante. Así es que traigo un pequeño escrito que les voy a leer y va como sigue:

¿Por qué evocamos a los que partieron para unirse a la mayoría, como decían los romanos antiguos? Porque al recordarlos siguen viviendo. Enhebrar recuerdos sobre el que se ha ido hace que permanezca en este mundo. La memoria es un poderoso instrumento, capaz de evocar la viva imagen del ausente entre nosotros, o para decirlo en otras palabras: “mientras queda uno en pie, nadie ha muerto”.

Carlos Sirvent no fue mi amigo de infancia, no hicimos juntos la educación básica, tampoco la preparatoria, bueno, ni siquiera los estudios profesionales. Hasta los 20 años vivimos en ciudades diferentes, eso sí, éramos de la misma clase del servicio militar, 1948, aunque tampoco lo hicimos juntos. En cuanto a edad nos separaban pocos meses, quizás semanas, pero no recuerdo cuál de los dos era el mayor. Me crucé con él por primera vez en los pasillos del Colegio de México, allá por agosto o septiembre de 1969 si mal no recuerdo, yo me apresuraba a graduarme de licenciatura para aprovechar mi beca al extranjero, él ingresaba al Centro de Estudios Orientales a hacer un Postgrado sobre China, que ya empezaba a estar de moda. Alguien nos presentó, no recuerdo quién, pero como la mayor parte de las presentaciones en que toma parte un apresurado, en este caso yo, fue fugaz y sin trascendencia.

Nunca le pregunté si se acordaba de ello, pero de haberlo hecho, por delicadeza hubiera dicho que sí, así era él. Años después supe

que Marcela Bravo Ahuja, ex alumna mía del tiempo en que me estrenaba como profesor, se había casado con un egresado del Colegio de México, que a la postre resultó ser Carlos Sirvent.

Como él y yo éramos de la misma edad, sus hijos son contemporáneos de los míos, por ello me volví a cruzar con Carlos en la escuela activa, a la cual muchos académicos enviábamos a los pequeños para evitarles los traumas que habíamos sufrido en la escuela de pedagogía tradicional. El punto de encuentro eran las reuniones que la Escuela Manuel Bartolomé Cossío convocaba periódicamente para la reeducación de los padres. Pero aun en esos tiempos Carlos era todavía un amigo un poco futuro.

Nos hicimos verdaderos amigos en el lugar más improbable para hacer amistades: un partido político. El responsable fue Luis Donaldo Colosio, ya que se le ocurrió encargarnos la formación de cuadros políticos y activistas. Carlos dirigía el Instituto de Capacitación Política y yo la Secretaría de Capacitación, eran dos instancias institucionales distintas que tenían el mismo objetivo, lo cual es algo muy peligroso en cualquier circunstancia, pero debo decir que hasta entonces nunca me había tocado un funcionario con quien coordinarme, con el cual me llevara tan bien como con Carlos, “Nunca te pelees con nadie”, recomendaba a los suyos.

Su equipo y el mío embonaron perfectamente, las metas fijadas se cumplieron con creces y eficacia, pero de nada valió. Pronto salimos de ahí a causa de los típicos celos políticos suscitados en ámbitos distintos al nuestro, como es natural en la vida de todo partido político, sobre todo cuando está en el poder. Fue entonces cuando Carlos y yo entramos una estrecha amistad. A los dos nos quedaban por delante muchos encuentros, seminarios, coloquios, viajes de evaluación académica y ante todo, pero sobre todo, comidas y cenas en que discutíamos lo humano y lo divino.

En alguna de esas ocasiones me contó sus avatares como Director de la Facultad de Ciencias Políticas, me instruyó en la increíble y

complicada política interna de la UNAM, particularmente cuando se aproximaba el cambio de rector. En otras, desentrañó las sutiles diferencias entre personajes políticos y sus ambiciones. Pero sobre todo, en nuestros frecuentes encuentros comparábamos las lecturas y análisis de la realidad nacional e internacional. Carlos siempre estaba al día, o al menos, mucho más allá que yo, del estado de ánimo que la hidra que presenta la inacabable lista de escuelas y enfoques de nuestra disciplina.

Cuando regresé a la Academia, tras mi periodo en la vida pública, me encontré que el *ethos* de los científicos duros se había contaminado a los científicos sociales y que gracias al centralismo democrático ejercido por el Sistema Nacional de Investigadores y el CONACYT, no se podía permanecer en ella -en la Academia- sin un doctorado. En una comida le dije a Carlos que iba a abandonar mis labores académicas antes de que me corrieran, “¿Quieres dejarla?”, me preguntó, “No, pero me veo obligado a ello”, le dije. “Saca un doctorado”, me respondió, “es solo requisito”. Deshice mis reparos uno a uno y me convenció de enrolarme en el nuevo doctorado por tesis, que iniciaba la UNAM en muchas de sus facultades.

Eran los tiempos de la langosta en el campus universitario, la época de la huelga del Mosh y compañía, me inscribí en una oficina extramuros, obviamente Carlos fue mi asesor de tesis. No sé cómo asesoraba a otros, conmigo fueron un par de breves pláticas, de las cuales en la segunda me resolvió el problema. Luego de leer una serie de ensayos previos no publicados que tenía yo preparados con vistas a un futuro libro sobre el sistema político mexicano, me dijo: “Tu problema es de integración, ves los temas de tu tesis desde las alturas de la teoría política y empírica, organízalos históricamente y dispersa las teorías a lo largo del texto para explicar momentos o problemas cruciales, recuerda que como politólogo tu fuerte es la historia y eso sí”, advirtió, “no te pierdas como muchos en la elaboración de marcos teóricos”. Le hice caso a pie juntillas y en poco tiempo, poco

menos de 2 años, recibí el doctorado y la tesis pasó airoosamente los dictámenes para ser publicada por el Fondo de Cultura Económica, todo ello se lo debo a Carlos.

Comí con él cuatro días antes de su fallecimiento, en un restaurante de la Calle de la Paz en San Ángel, convocados por un amigo común que quería hacernos una oferta, no recuerdo cuál, de colaboración en su consultoría, salimos a las 6 de la tarde, estaba nublado y empezaba a lloviznar. “¿Te llevo?”, le dije señalando mi coche a pocos metros, “No, prefiero caminar. Voy a la oficina aquí a dos cuadras”, me respondió. “Bueno, al menos llévate esto”, agregué, ofreciéndole mi paraguas colapsable, lo tomó y cruzó la calle con ese paso nervioso y andarín, tan propio de él. “Nos vemos pronto”, le grité, cuando alcanzó la otra acera se volvió con una sonrisa y me hizo un gesto de afirmación y de despedida, llevándose el paraguas aun cerrado a la frente, levanté la mano para corresponderle, yo no sabía entonces que esa despedida sería muy pronto un “hasta siempre”. Muchas gracias.

**Hilda Aburto.-** Muchas gracias al Dr. Luis Medina Peña y vamos a pedirle ahora al Dr. Fernando Pérez Correa que nos dé su testimonio.